



CÒNSPICUOS

Cuentos para leer en Navidad

BEATRIZ ESPEJO Y ETHEL KRAUZE
ANTOLOGADORAS





CÕNSPICUOS

Cuentos para leer en Navidad

BEATRIZ ESPEJO Y ETHEL KRAUZE
ANTOLOGADORAS





Cuentos para leer en navidad



CŃNSPICUOS

Cuentos para leer en navidad (2016)
Antología de Beatriz Espejo y Ethel Krauze

D.R. © Editorial Lectorum, S.A. de C.V., 2016

D. R. © Editorial Cõ

Leemos Contigo Editorial S.A.S. de C.V.

edicion@editorialco.com

Cõeditor digital

Edición: Octubre 2022

ISBN: 978-607-457-730-3

Ilustración de portada: Angélica Irene Carmona Bistráin/
Gabriela León

Prohibida la reproducción parcial o total sin la autorización
escrita del editor.

Índice



[Introducción](#)

[Navideña](#)

[Espina de la memoria](#)

[Navidad en Árvore de Palma](#)

[Una angelical tarjeta navideña](#)

[El wili](#)

[Navidad del 70](#)

[¡Mexi Christmas!](#)

[Esa niña](#)

[Hacer el bien](#)

[Navidad a la sombra de dos gatos por uno](#)

[Los Santos Reyes](#)

[Isaías VII, 14](#)

[Merry Christmas and Happy New Year](#)

[El amigo de Francisco](#)

[Flor de Noche buena](#)

[El frasco de mermelada](#)

[Año nuevo](#)

[Gisele/Simone](#)

[Regalo sorpresa](#)

[El beso de James Dean](#)

[La eterna desventura de vivir](#)

[Santa Claus](#)

[Cita a ciegas \(Un cuento de Navidad\)](#)

[La Befana](#)

[Silent night...](#)

Introducción

Al contrario de las otras antologías temáticas que hemos hecho Ethel Krauze y yo, ésta no está dedicada sólo a mujeres.

Hemos buscado diferentes autores que trataron el tema navideño desde distintos ángulos y puntos de vista. Algunos se dedicaron a investigar y captaron el espíritu de las fiestas de manera peculiar, la mayoría revolvió sus recuerdos y escribió textos autobiográficos o dio vuelo a su imaginación para apuntalar sus preocupaciones literarias y el resultado han sido una serie de textos con una característica en común han sido escritos con seriedad buscando en los terrenos de la buena literatura.

Beatriz Espejo

Hace muchos años, cuando todavía tenía la juventud pegada a la piel, una querida amiga de entonces se lamentaba porque no tendría con quién pasar la Navidad. Estaba divorciada y los hijos dispersos, los padres la aburrían y el cielo se le cerraba. Yo, acostumbrada a ser una

eterna entenada en las casas que generosamente me ofrecían asilo en esas fechas, mientras rumiaba mi condición judía con una sonrisa entre trágica y avergonzada, tuve una súbita epifanía: ¿y si armábamos nosotras una fiesta?, ¿y si invitábamos a otras almas solitarias a celebrar, precisamente, esta hermandad?

Así nacieron las "navidades parias", que se volvieron famosas de boca en boca, a la usanza de las redes sociales de la época. La lista de convocados incluía a solteros, divorciados, viudos, separados; personas con orientaciones sexuales y religiosas diferentes o ateos, que no eran aceptadas por las familias tradicionales; artistas incomprendidos; personas con un profundo rechazo a las costumbres y los rituales sociales, comerciales y eclesiásticos; personas con inclinaciones melancólicas, depresivas o que odian la Navidad. Se solicitaba que los interesados en asistir cumplieran por lo menos dos de aquellos requisitos. Muchos se sentían felices de rebasarlos con creces. Mi amiga ponía la casa, la espléndida cena, yo ayudaba con el arbolito y la parafernalia, y cada quien llegaba con algo bajo el brazo para brindar. Comíamos a lo grande, bebíamos con júbilo y bailábamos al son de las bocinas con los discos más raros del mundo.

Legitimamos nuestro derecho a ser felices, como todas las personas de bien. Finalmente descubrimos que la luz y la redención llegaban para todos en el aire con olor a pino de la Noche Buena. Nosotros, *los otros*, también éramos personas de bien.

Cuando Beatriz Espejo me llamó para esta antología (además del gusto por volver a trabajar con esta gran escritora y amiga en la elaboración de antologías que ya suman *Atrapadas en la casa, Atrapadas en la cama, Mujeres engañadas y Atrapadas en la madre*), no lo dudé ni un

instante, recordé mi cuento que aquí aparece, y entendí que en una antología de esta naturaleza debían caber los claroscuros de una fecha que toca, para bien o para mal, a todos los corazones.

Varios de mis colegas convocados, hombres y mujeres, mostraron reticencias en cuanto al estereotipo de la Navidad. Inmediatamente les aclaré que no buscábamos ideología, promoción o almíbar de tarjeta para vender. La Navidad con sus muchas caras, que es el objetivo de la literatura. Se adhirieron con entusiasmo.

He aquí sólo una muestra.

Ethel Krauze

Navideña

Juan José Arreola

La niña fue a la posada con los ojos vendados para romper la piñata, pero la quebraron a ella. Iba con traje de fiesta, en cuerpo de tentación y alma de consentimiento.

(Como buen siquiatra, un amigo mío ha explicado este afán mexicano de romper vasijas de barro llenas de fruta y previamente engalanarlas con perifollos de papel de china y oropeles, de la siguiente manera: un rito de fertilidad que contradice la melancolía de diciembre. La piñata es un vientre repleto; los nueve días festivos corresponden a otros tantos meses de embarazo, el palo agresor es un odioso símbolo sexual; la venda en los ojos, la ceguera del amor y etcétera, etcétera; pero volvamos a nuestro cuento.)

Íbamos en que descalabraron a la niña, en plena posada...

(Nos hizo falta agregar que las piñatas, según el criterio apuntado, adoptaron toda clase de formas para satisfacer el

impulso agresivo de los niños en contra de sus seres queridos: palomitas, toritos, borriquitas, naves espaciales y pierrots y colombinas.)

Con el palo, en plena posada. Y hubo cubas libres de por medio. ¿Cómo acaba la historia? Tendremos que esperar unos meses para saberlo. Puede ser feliz, si la niña da con puntualidad su fruta de piñata. Así tendrá su apoyo casi metafísico en la tesis de mi amigo el psiquiatra destacado autor de cuentos de navidad.

Espina de la memoria

Agustín Monsreal

Se me fue el sueño. Se me fue como gato nocheriego persiguiéndole su recuerdo a Blanca Navidad. Con todo y que la forma en que Blanca Navidad se largó de mi lado no era para andar acordándose de ella. Primero porque decidió abandonarme al mediodía, hora impropia para el sufrimiento, y luego porque me dejó la cocina hecha un asco de trastes sucios, la cama sin tender, cuatro camisas sin planchar —una con dos botones a punto de caer como dientes de leche— y seis de mis calzoncillos rojos remojándose en agua de lejía en la tina del baño. Segundo porque entre sus cosas se llevó mi colección de cucharas, mis obras completas de Sibelius y de Mahler, mis matraces, mis reglas de cálculo, mis imanes, el telescopio estropeado herencia de mi padre y tres cuartas partes de mi biblioteca. — Quién sabe por qué pleitista y díscolo designio, por qué pertinaz y rencoro afán de revancha, las mujeres que se van siempre cargan en su mudamiento con nuestros libros más bienqueridos y nos enquistan en un infelizaje tan arisco como el del muy frecuentado Edipo—.

Tercero porque apenas la noche anterior le había dado lo del gasto. Y además porque se marchó prematuramente, o sea, treintaicinco años antes de lo debido.

Pero bueno, el caso es que me acordé de ella (sus aromas de mujer recién estrenada, su cintura de reloj de arena, su desnudez sin obstáculos, aquellas sus palabras de cuando vino a mí: "Hazme un ladito en tu vida"; la salvaje felicidad que nos arrojó en un principio), me aplasté contra la añoranza de mi infinito amor por ella y se me desaplicó el sueño.

El sueño, fiero y fiel desentumecedor de agobios, se me fue como gato acalenturado a restañar descariños por las azoteas del recuerdo. Y yo, confiado en que regresaría pronto, me dediqué a esperarlo con los ojos clausurados y sin mover un milímetro la cabeza de la almohada. Al rato me empezó a doler la quietud y comencé a revolverme entre las sábanas y a sentir cuánto me quedaba grande la cama sin Blanca Navidad. (Qué importa cómo te fuiste. Vuelve. La casa y yo te necesitamos. Las ventanas y yo. Mis tazas de café y yo. Mis lentes de contacto. Mi edad, los granos de mi espalda, mis rodillas, las yemas de mis dedos, mi virilidad y yo demasiadamente, todamente, amantemente te necesitamos. Devuélveme las caderas, los pechos de tu juventud. Vuelve.) Apóstol de la fe de su cuerpo, en una de éstas sorprendí a mi voz masticando su nombre y a mis labios cometiéndolo en el vacío despaciosas caricias consagradas a las dulcedumbres de su piel, a los frutos combativos de su carne.

Encendí la luz, encolerizado. Eché la cabeza hacia atrás como para detener una hemorragia nasal. Prendí un cigarro.

Miré el despertador y el teléfono; los miré rencorosamente, como si fuesen culpables de algo. Oí un pequeño escándalo

que se apaciguó pronto. Si no fuera por las cucarachas, la escasez de agua y los vecinos, este departamento sería perfecto.

Sentí una punzada alevosa en la zona lumbar. Se me antojó cruzar la frontera desierta de la cocina, abrir el refrigerador, zamparme un yogur. Pero no hice ni el intento de pararme.

A veces la soledad es deliciosa como besar la boca de un cadáver, pensé recargándome en la estupidez.

Al cabo de dos cigarros, que fumé anhelante igual que la aguja de una brújula, me encalmé un poco y resolví aguardar sin desesperarme. Seamos prácticos y veamos las cosas como se merecen, me dije. ¿Por qué no hablar cara a cara con el sueño y procurar reconciliarme con él? Yo creo que es preferible. Vamos, sueño, esto es demasiado ridículo; anda, ven, no te hagas el interesante ni te pases de listo; qué ganas con andarte por ahí de gato maniobrero escudriñándole sus huellas y sus olores al pasado. Qué ganas, a ver, dime. No ganas nada, la verdad. Tú sabes que puedo obligarte a venir empujándome un té de tila, o embruteciéndome con algún programa de televisión, o despachándome libros pedantes como *Un sexenio color de hormiga*, por ejemplo, o aburridísimos como *Historia de maese zorro*, o ladinos como *Mis tiempos entre cómicos y bufones*, para sumarle al martirio de la lectura su joroba de indignación y vergüenza. Tú eliges. Tú escoge qué te acomoda más. No seas obcecado, manito, lo único que vas a conseguir con tu entercamiento es que se me descalabre la memoria de tanto rumiar las dichas y los malsabores que vivimos tú y yo con Blanca Navidad, y que luego me enfurruñe y ya no quiera dormirme, que después me niegue a dormir aunque vengas a jugar a las vencidas conmigo, y que para no dejarte hacer tu santo capricho me salga a transitarle sus calles a la ciudad buscando a Blanca,

partiéndome la mirada en busca de Blanca, royéndome las ansias por encontrar a Blanca. (Qué importa que te hayas ido como te fuiste. Vuelve. No he renunciado a ti. No han dejado de ser tus ojos el nido de mis ojos. Tu respiración aún duerme a mi lado. La brevedad de tus sobresaltos. Tus aternuramientos claritos. Vuelve. Concédeme el milagro de amanecer otra vez contigo, a la sombra de tu peso leve. Vuelve.)

Y tú sabes, sueño de mi alma, que la ciudad no es la misma estos días. Está peor de insufrible que una crisis de asma en el aire de una noche embalsamada. Peor de idiota y falsa que la sonrisa de una maniquí. Peor de alborotada y necia y engreída que una vieja puta piropeada por la devoción lasciva de un jovencito. Llena de exaltaciones y fantasías, convertida sin remedio y con orgullo patético en desaforado festejo de compradictos y mercaderes. Y para no dejarte hacer tu regalada gana, sueño, yo tendré que salir y ponerme a ver si de chiripa me topo con Blanca, porque de seguro Blanca anda deambulando por ahí, caminando por ahí entre la multitud, curioseándole sus espejismos y sus embaucamientos a los aparadores, las tiendas, los centros comerciales. Ese fue siempre su mayor gusto, ésa su mejor pasión, su secreto más íntimo: perderse entre la gente, moverse anónima entre la gente. Sola. Sin mí. Sin nadie. En su mundo. Y esto me alborotaba las pulgas, es decir, los celos, la inseguridad, el miedo. Nunca lo digerí bien. Porque era igual que tener mujer y no tenerla, o tenerla distante, alejada, lejos. (Vuelve. Échame de menos, piensa en mí, necesítame. Hazme nuevamente un ladito en tu vida. Vuelve.)

Vamos, sueño, sé que no quieres causarme daño, ven, ayúdame a olvidar, rescátame del infierno de estar despierto.

No me obligues a humillarme, no me empujes a salir a buscarla. Paraíso de ángeles perdidos, la ciudad anda enjuerguecida semejante a una mata de pelo infestada de piojos que lo único que anhelan, lo único que los impulsa, lo único que les importa es comprar y comprar y comprar. No hay razón de ser en este reino de la tierra sino comprar. No hay otra dicha, otra realidad, otra fortuna. No existe más dignidad, ni mayor consuelo. Y yo en medio del piojerío, insustancial, ordinario, menos que nadie, yo con mi corazón inútil vuelto de cabeza, indagando, padeciendo, pesquisando dónde puede encontrarse Blanca Navidad, en qué vuelta de la esquina, en qué recodo; trastornado, enfermo, enlobegrecido, caduco, títere arrumbado a los pies de su recuerdo, abatido entre la demencia de quienes no alcanzan ventura más cierta que la del mercado. Ciudad mercado, mi ciudad. Ciudad facilonga, confianzuda, fraudulenta; ciudad impostora y astuta, mi ciudad; ciudad abusiva, flagelaria, perniciosa. Y Blanca Navidad tan enconadamente fugitiva, tan testarudamente remota y cruel y orgullecida con la niñería de su ausencia; Blanca Navidad tan extraviada en este laberinto contrahecho, en este complaciente y pordiosero matorral empiojado, en este irremediable territorio de soledades.

Nada sirvió de nada, sin embargo. De nada valieron ruegos ni razones ni amenazas. Mi sueño continuó de gato marionetero por los pretilos de la nostalgia. Y cuando me cansé de abrir y cerrar puertas invitándolo a venir, invocándolo, implorándolo, retándolo, cuando me harté de tomar té de tila, cuando me fastidié de fisgar patrañas en la televisión y de malmirar libros fanfarrones, entonces cogí la bicicleta que me regaló hace algunos años Blanca Navidad y me lancé en su busca pedaleando a morir por esas calles que llaman de Dios, enfebrecido y disparatado y loco de esperanza y de plegarias y dispuesto con todo lo que soy y lo que tengo a perdonarla, a pesar de que no merecía

ningún perdón porque la forma en que se largó de mi lado me dejó huérfano de todos los cimientos terrenales, viudo de todos los astros, sin voluntad de vivir, sin historia por delante, irremediablemente desueñado. (Vuelve. Te espero. En tanto acaba la eternidad, te espero. Vuelve.) Terminé mi vagabundaje con sólo raspones en la nariz y una triple fractura en el hombro derecho. La bicicleta quedó inservible, como el telescopio herencia de mi padre, como mis lentes de contacto, como mi destino.

Navidad en Árvore de Palma

(de los cuadernos de Horacio Kustos)

Alberto Chimal

La isla diminuta de Árvore de Palma, que a veces figura y a veces no en los mapas de las Azores debido a su tamaño despreciable, sería un lugar insólito solamente por la gran cantidad de palmeras que crece en su suelo, bastante alejado de las latitudes tropicales. Pero este sitio es, además, hogar de la única población conocida en todo el mundo de cocos parlantes o sensibles, que de ambos modos se les llama (su nombre científico: *cocos nucifera sapiens*). Ignorados por internet, latelevisión y el resto de las autoridades científicas de nuestro tiempo, estos seres se tienen, sin embargo, por parte de la cristiandad pues profesan el catolicismo de manera fervorosa; de hecho, se llaman a si mismos "discípulos" de san Francisco Xavier, pues el santo misionero los habría evangelizado en 1540, poco antes de partir hacia su célebre campaña de catequesis en el Asia.

—Fue para practicar —explican los cocos, con tono de modestia—. Estábamos más cerca que Asia.

Como no hay documentos que prueben la visita del santo, la historia ha sido atacada con frecuencia: por ejemplo, fue fiera y lúcidamente condenada en varios ensayos de Joseph Ratzinger —quien fuera S. S. Benedicto XVI— publicados en los tempranos años setenta. Sin embargo, los escasos visitantes de la isla, todos personas de humilde condición y fe sencilla, no se ocupan en tan elevadas cuestiones de doctrina ni historiografía y más bien deben afrontar los problemas más apremiantes de la vida diaria..., a los que se agrega, si es la primera vez que llegan de visita, la experiencia de escuchar hablar a las criaturas. Según las crónicas, Gonçalo Velho Cabral, el navegante que descubrió Arvore de Palma en 1433, se llevó "un terrible espanto" que lo hizo "aullar, echar espuma por la boca y tirarse al mar de cabeza" sólo de oírles unas pocas palabras y entender que eran ellos quienes las proferían; aunque no nos pase lo mismo, invariablemente es grande la impresión de quienes llegamos, pisamos los líquenes azules que pintan la costa rocosa y, de pronto, escuchamos el coro de alegres saludos en portugués proferidos —quién sabe cómo, gracias a qué efecto milagroso— por seres redondos y de color marrón, trepados en lo alto de las palmeras que les dan protección y cobijo:

—¡La paz sea contigo! ¡Bienvenido! ¡Que Dios te dé una feliz estancia en nuestra casa! ¿Quieres orar o cantar con nosotros?

Una vez que ha pasado el susto, sin embargo —sólo a muy pocas personas les pasa realmente como a Velho Cabral y deben ser llevadas al hospital más cercano, en la isla de Flores—, los cocos de Árvore de Palma se revelan como individuos sumamente amables e inofensivos, resignados a

que se les perciba como fenómenos de la naturaleza pero siempre dispuestos a dar la otra mejilla y aguantar las bromas ocasionales o incluso los comentarios hirientes.

—Nos ha ido peor en otras épocas —me cuenta, con serenidad, el coco llamado Mateo Gonçalves, quien es el portavoz de la comunidad y habita la cuarta palmera, contando desde el extremo sur de la isla, en compañía de otros seis—.

Además de que siempre terminamos sufriendo como cualquier cristiano, la muerte, la enfermedad, las caídas, hemos pasado por periodos de martirio. Y muchos: el último fue en 1983, cuando un barco japonés se detuvo aquí y ochenta y siete hermanos fueron comidos. Pero los mansos heredarán la Tierra, como dice el evangelio. Rezamos por nuestros muertos y por sus victimarios.

Y además —agrega—, ¿hemos de sufrir en esta época de alegría? ¡Va a ser Navidad! Es la hora del perdón y la reconciliación entre todos los de buena voluntad... y se oyen las voces de asentimiento de los otros cocos de la palmera, que apoyan mansamente a su amigo, y aun las de cocos más remotos.

Como la Iglesia no ha decidido aún si acepta la existencia de esta grey, en virtud de que no está compuesta por seres humanos, no puede haber sacerdotes entre ellos. "Siempre que puedo y por piedad cristiana", según explica, el cura Eugénio Leal viene en su lancha desde la isla de Corvo, de apenas 300 habitantes, y administra los sacramentos en la medida de lo posible (por ejemplo, como los cocos no tienen boca, el padre Leal ha debido cambiar la comunión por rociamientos de agua bendita, que dispara desde el suelo con una pistola de agua). Con todo, la fiesta de la Navidad es en efecto una de gran alegría, a la que contribuyen los